

EL ESCALÓN 33

LUIS ZUECO



Colección: Narrativa
www.nowtilus.com

Título: El escalón 33
Autor: Luis Zueco

Copyright de la presente edición © 2012 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3o C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN: 978-84-9967-353-0

Las palabras se limitan
a intentar explicar
qué son los símbolos,
sin llegar nunca a conseguirlo.

ÍNDICE

PARTE I. MADRID	13
Capítulo 1. Ratones de biblioteca.....	17
Capítulo 2. Silvia Rubio.....	23
Capítulo 3. La Biblioteca Nacional.....	35
Capítulo 4. París.....	47
Capítulo 5. El Rastro.....	51
Capítulo 6. La cafetería.....	61
Capítulo 7. El Círculo de Bellas Artes.....	65
Capítulo 8. Alfred Llul.....	75
Capítulo 9. El hombre de los castillos	83
Capítulo 10. La calle Argumosa	91
Capítulo 11. El encargo.....	97
Capítulo 12. Luces de bohemia.....	107
Capítulo 13. La sombra.....	117
Capítulo 14. El Ángel Caído.....	139
Capítulo 15. La desaparición.....	145
Capítulo 16. Liébana	159
Capítulo 17. La huida.....	167
Capítulo 18. El Valle de los Caídos.....	173

PARTE II. LOS CASTILLOS	181
Capítulo 19. Castilla	183
Capítulo 20. La investigación	195
Capítulo 21. Castillo de Calatrava La Nueva	199
Capítulo 22. La mujer	209
Capítulo 23. El Tajo	213
Capítulo 24. San Martín de Montalbán.	225
Capítulo 25. Alcántara	243
Capítulo 26. Peñíscola	263
Capítulo 27. El desafío	275
Capítulo 28. El cuarto símbolo	279
Capítulo 29. La brigada	287
Capítulo 30. Santa Ana	301
Capítulo 31. El profesor	311
Capítulo 32. El reino de los Mallos	325
Capítulo 33. La leyenda de las siete doncellas	333
Capítulo 34. El castillo de Clavijo	341
Capítulo 35. Margot	349
PARTE III. LOS SÍMBOLOS	359
Capítulo 36. Zaragoza	361
Capítulo 37. La Torre Nueva	375
Capítulo 38. El inspector Torralba	383
Capítulo 39. El sexto castillo	389
Capítulo 40. La dulce tentación	397
Capítulo 41. Adiós, muchachos.	403
Capítulo 42. Avis	411

Capítulo 43. El hipódromo	419
Capítulo 44. La llave	427
Capítulo 45. El último baile	433
Capítulo 46. San Juan.....	439
Capítulo 47. Mora de Rubielos	449
Capítulo 48. Santa María	461
Capítulo 49. La estrella y la cruz	467
Capítulo 50. La luz.....	475
Capítulo 51. El secreto	481
Capítulo 52. La verdad	487
Capítulo 53. El duelo	501
Notas del autor.....	505

I
Madrid





El Madrid de *El escalón 33*

- ① Círculo de Bellas Artes (CBA)
- ② Gaudeamus Café
- ③ Café El Espejo
- ④ Biblioteca Nacional de España
- ⑤ El Viajero
- ⑥ Plaza de Olavide
- ⑦ Plaza de Santa Ana
- ⑧ La Buga del Lobo
- ⑨ Restaurante-Café Arola
- ⑩ Arrocería Gala
- ⑪ The Westin Palace
- ⑫ Mercado de San Miguel
- ⑬ El Rastro
- ⑭ Fuente o monumento de El ángel caído
- ⑮ Plaza de Toros de las Ventas
- ⑯ Calle Conde de Romanones, 14

1. Círculo de Bellas Artes (CBA)
Disfrute de las magníficas vistas de la azotea.
Vale la pena pagar un euro por subir a verla.
Calle Alcalá, 42
2. Gaudemus Café
En el edificio de la biblioteca de la UNED, hay que reservar si quiere cenar en la terraza.
Calle de Tribulete, 14-18
3. Café El Espejo
Edificio con estilo *art déco*, frente a la Biblioteca Nacional.
Paseo de Recoletos, 27-31
4. Biblioteca Nacional de España
Ejemplares de todos los libros que se publican en España se guardan aquí, también hay exposiciones. Su escalinata es muy famosa.
Paseo de Recoletos, 20
5. El Viajero
Uno de los bares más famosos de La Latina.
¿Lo mejor? Su terraza en el verano...
Plaza de la Cebada, 11
6. Plaza de Olavide
Aquí se puede degustar la mejor tortilla de patata de Madrid.
7. Plaza de Santa Ana
Una de las plazas más concurridas de Madrid, centro de la vida turística en la que se pueden encontrar multitud de bares, restaurantes, pubs y teatros.
Metros más próximos: Sevilla y Sol
8. La Buga del Lobo
Un buen sitio para comer en Lavapiés.
Calle Argumosa, 11
9. Restaurante-Café Arola
Un restaurante poco conocido, escondido tras el Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía pero, así mismo, magnífico.
Calle Argumosa, 43
10. Arrocería Gala
Se debe reservar, mínimo arroz para dos personas, lo mejor comer en el patio.
Calle Moratín, 22
11. The Westin Palace
No hace falta hospedarse en él, para poder ver su espectacular cúpula.
Plaza de las Cortes, 7
12. Mercado de San Miguel
Mercado de hierro y cristal restaurado en el que se pueden degustar productos selectos así como comprar los propios de un mercado de abastos. Uno de los lugares más *cool* de Madrid, junto a la Plaza Mayor.
Plaza de San Miguel, 1
13. El Rastro
El mercado callejero más famoso de Madrid. Funciona los domingos y festivos.
Desde la Ribera de Curtidores, entre las 9:00 y las 15:00.
Metros: Latina, Puerta de Toledo, Tirso de Molina, Embajadores
Autobuses: 17, 33, 35, 41, 60, 148 y Circular
14. Fuente o monumento de El ángel caído
Uno de los monumentos más famosos del Parque del Retiro, uno de los pocos dedicado al demonio.
Parque del Retiro
Metros: Retiro, Príncipe de Vergara
Autobuses: 1, 2, 15, 19, 20, 26, 28, 51, 52, 61, 63, 68, 74, 146
15. Plaza de Toros de las Ventas
Edificio neomudéjar
Calle, Alcalá, 237
16. Calle Conde de Romanones, 14
Edificio con la fachada inspirada en las obras de M. C. Escher.
Calle Conde de Romanones, 14

1

Ratones de biblioteca

Eran las nueve de la mañana, la biblioteca acababa de abrir. Vestido con un traje negro y una elegante corbata de seda de color azul, caminó por la Plaza de San Francisco en Pamplona. Se encontraba en pleno centro del casco antiguo de la ciudad, a la sombra de las torres de la iglesia de San Saturnino, cuyas campanadas marcan el inicio de los sanfermines. Cruzó al lado de un edificio clásico frente al cual se levantaba una estatua del santo de Asís, como recordatorio de su paso por esta ciudad allá por el siglo XIII.

La biblioteca ocupaba la planta baja y el sótano del otro gran edificio que presidía la plaza. Una construcción de esquinas redondeadas, coronadas con cúpulas y un mosaico colorista en su frontón central, conocido en la ciudad como *La Agrícola*. Aquella institución era la máxima responsable del patrimonio bibliográfico de Navarra. En la página web del centro había consultado que poseía una colección de más de trescientas mil obras, incluyendo un importante fondo antiguo, en el que se encontraban setenta y cuatro incunables más un completo fondo histórico del siglo XIX.

Una vez dentro del edificio, se dirigió al mostrador de información donde se encontraba una mujer de avanzada edad, con gafas y aspecto arrogante.

—Buenos días, quisiera consultar la sección de cartografía —dijo con un acento que revelaba su procedencia extranjera.

—Para poder consultar esos fondos necesita un carné de investigador.

—¿Es posible solicitarlo aquí mismo?

—¿Cuál es su nombre? —preguntó la mujer poco entusiasmada con aquel tipo.

—Edgar Svak. —Por supuesto ese no era su auténtico nombre, pero había tenido tantos a lo largo de su vida que ya ni recordaba cuál era el verdadero.

—Tiene que rellenar este formulario. Y necesito un carné de identidad o pasaporte y dos fotografías recientes.

Svak sacó, del interior de su maletín de cuero, un sobre con las fotografías y su tarjeta de identificación, a continuación rellenó el formulario. Después se lo entregó a aquella mujer, que le observaba con recelo, como si supiera que había algo sospechoso en él. Ella recogió los documentos, comprobó que estaban correctamente cumplimentados y se los llevó a una sala contigua. Svak esperó pacientemente. Metió la mano en su bolsillo derecho del pantalón y cogió una piedra oscura y rugosa. La acarició con sus dedos, como si pudiera transmitirle cierta calma. Cerró su puño, apretando la piedra contra su piel, y la guardó de nuevo en el bolsillo.

Al cabo de unos minutos, la mujer volvió con algo en la mano y se lo entregó.

—Tome. Este es su carné de investigador. Para consultar el fondo de cartografía debe ir al Archivo Real y General de Navarra. Se encuentra en la calle Dos de Mayo, su horario de lunes a viernes es de 9 a 14.30 horas.

—Muchas gracias. —Svak intentó ser amable pero la mujer hizo como si no le escuchara.

Salió de la biblioteca profundamente enojado. No esperaba este cambio de planes, su información no era del todo correcta, tenía entendido que el fondo de cartografía estaba en aquella biblioteca. Era un error imperdonable, impropio de su experiencia. Tenía que actuar con rapidez. Paró un taxi.

—Por favor, a la calle Dos de Mayo. Es urgente.

El Archivo General de Navarra estaba en un antiguo palacio de Pamplona. Al entrar leyó una breve descripción histórica del edificio. Necesitaba conocer toda la información posible de aquel lugar. Sus orígenes se remontan al siglo XII, sirvió de residencia en

época medieval a los obispos de Pamplona y a los monarcas privados de este viejo Reino. En el siglo xx había sido rehabilitado para albergar la biblioteca.

Con el carné de investigador no tuvo ningún problema en pasar al interior del archivo. Pero en el acceso al fondo de cartografía tuvo que pasar a través de un detector de metales. Además, los dos guardias de seguridad de la entrada revisaron su maletín, pero no hallaron nada fuera de lo común. Entró a la sala de consulta, que se encontraba en una de las dependencias de la parte medieval del edificio, con un suelo de madera y cuadros barrocos decorando las paredes. Se dirigió directamente al mostrador y sacó de su cartera un pequeño papel doblado por la mitad, donde tenía apuntadas las referencias de un códice. El bibliotecario asintió con la cabeza y le indicó donde podía sentarse hasta que él regresara.

Svak observó la sala mientras esperaba, era de reducidas dimensiones y se hallaba prácticamente vacía. Apreció varias cámaras de seguridad en el techo. Pero los pupitres de consulta eran antiguos, de madera de pino y con una parte superior prominente, que ocultaba parte del propio mueble. La estancia tenía un olor peculiar, algo desagradable. Debía provenir de la gran colección de libros que atesoraba el fondo. Se podía decir que el tiempo se había detenido en aquellas páginas y había empezado a pudrirse.

La espera se alargó más de lo deseado. Pero, finalmente, el bibliotecario le llamó. Ya tenía el códice. Svak lo cogió y se sentó en una de las esquinas de la sala, donde no había nadie. Era un ejemplar magnífico, una edición de *Geografía y Atlas de Ptolomeo*, en un estado de conservación perfecto y fechado en la primera mitad del siglo xvi. Buscó los dos mapas en los que estaba interesado. Entonces comprobó que en ese ángulo de la sala las cámaras no podían vigilar lo que estaba haciendo y extrajo unos pequeños utensilios cortantes que tenía escondidos en los alzacuellos de la camisa. Eran unas herramientas fabricadas por él mismo, a partir de los plásticos que se colocan en el cuello de las camisas para que se mantengan firmes. Él los había afilado, con destreza hasta convertirlos en diminutos cuchillos. Con admirable habilidad empezó a utilizarlos a modo de cúter para separar los mapas del resto del libro. Era una tarea minuciosa, los mapas no debían sufrir daño alguno, si no su precio en el mercado negro bajaría

exponencialmente. Cuando terminó, abrió un doble fondo oculto en su maletín y depuso los dos documentos cartográficos con sumo cuidado, para evitar que sufrieran desperfectos. A continuación, devolvió el códice y abandonó la sala, volviendo a cruzar el detector de metales sin levantar la menor sospecha. Los guardias de seguridad procedieron a realizar la comprobación rutinaria del maletín sin encontrar nada extraño. Abandonó la biblioteca y se dirigió a su hotel en el centro de Pamplona.

Una vez allí, sacó cuidadosamente los mapas y los dejó sobre la cama: había sido un trabajo perfecto. Sabía que era uno de los mejores del gremio, si no el mejor.

Los mapas acompañan a los seres humanos desde el principio de los tiempos y Svak estaba seguro de que lo continuarían haciendo hasta el final de sus días. Durante muchos siglos se creyó que el primer mapa creado por el hombre se realizó sobre una pared del asentamiento de Çatal Hüyük en la región meridional de Turquía, y su datación era, aproximadamente, del año 6200 a. C. Sin embargo, en 2009 se había hecho un fascinante descubrimiento. Cerca de donde estaba ahora, en la cueva de Abauntz, hace unos 13.660 años, varios cazadores habían trazado el primer mapa cartográfico de Europa Occidental. Sobre una piedra de margosa, caracterizada por ser dura por dentro y blanda por fuera, habían dibujado el paisaje que tenían a su alrededor, señalando los cerros, los ríos, los pasos o puentes sobre el agua, las zonas inundables y hasta las áreas que más frecuentaban los animales que consideraban interesantes. Seguramente eran cazadores nómadas que vinieron al valle del Ebro desde el otro lado de los Pirineos y que hicieron un croquis de todo lo que podía ser útil para otras visitas o para quienes llegaran después de ellos. Como un mapa del tesoro en el que dejaban señalados los puntos clave.

Svak pensaba que para el hombre siempre había sido una necesidad situarse en el espacio que lo rodeaba, establecer los límites de su universo, cada vez más inmenso, cada vez más infinito. A lo largo de la historia, los mapas han sido un bien tremendamente preciado. La información es poder y, en el caso de los mapas, este poder es aún mayor. El emperador Augusto eligió las bodegas más profundas de su palacio para guardar la cartografía del Imperio romano. Un famoso capitán cartaginés prefirió hun-

dir su barco y ahogar a toda la tripulación antes de que sus cartas marinas cayeran en poder de su peor enemigo. Durante la época de los Austrias, los mapas de navegación se guardaban en una caja fuerte, cerrada por dos candados y dos llaves: una en poder del piloto mayor; la otra, en manos del cosmógrafo. Y el rey portugués Enrique el Navegante decretó la pena de muerte para todo aquel que enviara un mapa al extranjero.

Svak no era un sentimental, sino un hombre práctico, y en lo relativo a su trabajo era insuperable. Hoy en día, la cartografía había perdido su importancia estratégica, ya no era un elemento de poder, pero sí de prestigio. En el patrimonio histórico el valor dependía de la oferta y la demanda. Pero éste era un encargo especial. Al parecer, a un coleccionista caprichoso le faltaban justamente estos dos ptolomeos y estaba dispuesto a ofrecer una suma astronómica de dinero por ellos.

Por supuesto, no sentía ningún remordimiento por sus robos, fueran mapas o libros. Hacía mucho tiempo que había dejado de preocuparse por cualquier tipo de sentimiento. Sin embargo, cada vez que actuaba no podía evitar recordar la inscripción que leyó hace tiempo en la entrada de la biblioteca del monasterio de San Pedro de Barcelona:

A aquel que robe, o se lleve en préstamo y no devuelva, un libro de su propietario, que se convierta en una serpiente en su mano y le desgarre. Que le aqueje la parálisis y todos sus miembros se malogren. Que languidezca con dolor pidiendo a voz de cuello misericordia, y que no cese su agonía hasta que cante en disolución. Que los ratones de biblioteca roan sus entrañas como prueba del gusano que no muere. Y cuando por fin acuda a su castigo final, que las llamas del infierno lo consuman para siempre.

2

Silvia Rubio

Fue el beso más torpe que le habían dado nunca, profundamente decepcionada se marchó de allí rápidamente. No tenía tiempo ni ganas para aquellas tonterías. Era ya tarde, así que salió del bar, cogió un taxi y deseó llegar lo antes posible a su piso.

Tenía un pequeño apartamento, de apenas cuarenta y cinco metros cuadrados, en la calle de la Cava Baja, en el barrio de La Latina. Para acceder a él había que recorrer un largo pasillo desde la puerta de entrada, pasando por un patio donde había un gran lienzo de sillares, que formaba parte de la antigua muralla árabe de Madrid. Estos restos sólo eran visibles en ciertos puntos de la ciudad, como en la plaza de la Ópera y en la catedral de la Almudena. Ella veía todos los días aquel muro de más de diez metros de alto, que permanecía escondido para el resto de habitantes de Madrid. Frente a la muralla, Silvia Rubio tenía que coger un ascensor que le subía a un tercer piso, allí debía ir al final de la planta, hasta una puerta que daba a una pasarela metálica por la cual accedía, en exclusiva, a su estudio. Cada vez que invitaba a alguien a su casa tenía que dibujarle un mapa y, cuando al final conseguían llegar, todos le comentaban que era una verdadera aventura encontrarlo. A ella le encantaba, se sentía una privilegiada, vivía en el centro de Madrid en un piso diferente al de todos los demás.

Lo había decorado con mucho estilo, pocos detalles pero con buen gusto. Una escultura africana; un cuadro abstracto, pintado por una amiga suya que representaba el rostro de una esbelta mujer con unos grandes ojos verdes; una completa biblioteca con libros, y algunas fotografías con sus amigas en distintas ciudades de Europa. Aunque, de todas las fotos que había en su piso, la que más le gustaba era una vieja polaroid de ella con su padre en la playa del Sardinero. Hacía tanto que había fallecido, que ya casi no lo recordaba. En la pared también había otro recuerdo de él, un viejo reloj que había heredado cuando murió. Su cama ocupaba gran parte de la única habitación, el baño se encontraba a la izquierda. La cocina se limitaba a una barra americana y un reducido espacio que utilizaba como despensa. No solía perder el tiempo cocinando, prefería picar algo en algún bar, y si tenía que comer en casa le bastaba con algo de queso y jamón, acompañado siempre por una buena botella de vino. No le gustaban las ensaladas ni la verdura, y comía pescado tan sólo en contadas ocasiones; la fruta ni la probaba, en cambio le gustaban mucho los zumos de naranja. La verdad es que ni comía mucho ni comía bien, pero a pesar de ello estaba delgada. «Cosa del metabolismo», solía decir ella.

Se cambió y se tumbó sobre su cama, boca abajo, con su cabeza en los pies del colchón, vestida con una camiseta de tirantes amarilla y un short blanco. Estaba cansada y algo confusa. Como única solución para olvidarse de todo abrió un Matarromera, una excelente botella de vino que tenía en el salón para las grandes ocasiones. Cogió unas galletitas saladas y encendió su ordenador portátil. Entró directamente a su cuenta de Facebook, en el muro únicamente destacaban algunos comentarios sobre unas fotografías de su amiga Vicky, a quien le encantaba subir imágenes a la mínima oportunidad: de viajes, cenas o cualquier otra cosa. Silvia odiaba aparecer en ellas.

Dejó el Facebook y echó un ojo al *timeline* de su Twitter para comprobar si había algún *tweet* interesante. Retuiteó una noticia curiosa sobre una iniciativa llamada «al camino de las ardillas», que pretendía repoblar la península ibérica de árboles para que, como antaño, una ardilla pudiera cruzarla de punta a punta. A continuación, desde su carpeta de Favoritos accedió a eBay, una web donde puedes comprar y vender cualquier cosa. Silvia solía adquirir toda clase de objetos en este portal. Trabajaba como restauradora en la Biblioteca Nacional en Madrid y le encantaban las antigüedades. Le gustaba buscar mapas

de los siglos XVII y XVIII, libros agotados y fotografías antiguas; pero también viejos álbumes de cromos, periódicos y un largo etcétera. Tecleaba las palabras e iniciaba la búsqueda, principalmente nombres de personalidades históricas, para ver qué libro, grabado, pintura o utensilio aparecía. También disfrutaba pujando, estaba orgullosa de las técnicas que había desarrollado para llevarse los artículos al mejor precio, aumentando la puja solamente segundos antes de que terminara la subasta, contactando directamente con los vendedores por e-mail para ofrecerles una cantidad de dinero diferente o, incluso, buscando en otros países los mismos artículos a menor precio.

Su última adquisición había sido un grabado de los Sitios de Zaragoza durante la Guerra de Independencia. En él se representaban unos monjes luchando en una barricada de esta ciudad frente a las tropas napoleónicas. Sus pequeñas dimensiones indicaban que había sido arrancado de alguna publicación y su fecha de impresión era de 1835, hace casi doscientos años. Después de la compra se lo había enseñado a un amigo suyo, asesor en el Instituto de Patrimonio Histórico, quien le había comentado que era un curioso ejemplar y que lo había visto hace algún tiempo en una exposición en Zaragoza. Investigó algo más y descubrió que había sido traído expresamente de la Biblioteca Nacional de París para esa muestra, y que sólo en el envío del objeto, el seguro y el viaje de la persona enviada por la Biblioteca Nacional de París para su correcta entrega, se habían gastado unos mil quinientos euros. Ella lo había comprado por nueve euros más otros dos de gastos de envío.

Aquella noche no tenía suerte. «¡Mierda! ¿Es qué no voy a encontrar nada interesante?», se preguntó. Decidió abandonar su búsqueda y escuchar algo de música; dudó, pero al final entró dentro de la carpeta que llevaba el título de Marlango y eligió varias canciones. Se dio la vuelta en la cama, bebió un trago de vino y buscó la cajetilla de tabaco que estaba sobre la mesilla. Cogió un cigarrillo y lo encendió con un mechero azul, que guardaba dentro del paquete y que tenía grabado un nombre: The boy. No recordó dónde lo había cogido. En el mismo momento en que daba la primera calada, empezaron a sonar los acordes iniciales de la canción.

How high, how high, how high will I go this time?
 How hard, how hard, how hard will I fall this time?
 How sweet, how slow, how hard, how warm?

Se embriagó con la melancolía de la canción y por un instante dejó volar su mente todo lo lejos posible. Ya se había olvidado del decepcionante chico de la fiesta, de quien ya no recordaba ni su nombre. Nunca tenía suerte con los hombres, aunque siempre le quedaría Jaime, lo más próximo que había tenido a un novio en el último año. «¿Por qué no me llamará el capullo de Jaime?», pensó. No es que estuviera enamorada de él, pero al menos se lo pasaban bien juntos. Era bastante atractivo y en la cama se compenetraban. «Poco más se le puede pedir a un hombre», dijo para sí misma resignada, mientras la canción seguía sonando: «Hold me tight, Hold me tight».

Finalmente decidió comprar algo en eBay para animarse. Empezó introduciendo el término «Goya»; era pretencioso pensar que iba a encontrar algo relacionado con el pintor aragonés a buen precio en la red, pero conocía a gente que lo había conseguido. Era cuestión de suerte. Una medalla, una copia interesante, un grabado de una de las primeras series. Pero esta vez no encontró nada que mereciera la pena. La siguiente elección fue buscar mapas antiguos de Madrid. Esto era bastante más fácil, ella misma había comprado hace poco un gran ejemplar de 1940. Era una maravilla porque en él venía la explicación de las calles que habían cambiado de nombre desde la República hasta la Dictadura. Había podido comprobar cómo algunas de las que variaron de nombre, actualmente habían recuperado el topónimo de época republicana. Encontró varios mapas interesantes, pero excesivamente caros. Entonces pensó que quizá tendría más suerte con los libros. Pero antes de continuar, eligió más canciones en su carpeta de música. Esta vez escogió una canción de Frank Sinatra que le traía buenos recuerdos: *I've you under my skin*.

Con la música de fondo se sintió más a gusto y siguió navegando. Decidió buscar algo de su poeta favorito del Siglo de Oro. Así que escribió el nombre de «Quevedo». Ante ella se abrió una ventana con trescientos resultados. Decidió filtrarla y eligió «libros del siglo XIX». Los resultados bajaron a cincuenta. Entre ellos encontró interesante un libro sobre los amoríos de Quevedo. «¿Habría sido Francisco de Quevedo un donjuán?», se preguntó. Sabía que se había casado por conveniencia con una dama aragonesa e imaginaba que le habría sido infiel en numerosas ocasiones. Parecía interesante, la subasta de este libro terminaba en veinte minutos. Por ahora, la puja máxima estaba en

tres euros. Era una cantidad ridícula, pero seguro que se incrementaría rápidamente en los últimos instantes. Así que tenía tiempo de sobra para prepararse la ropa que se pondría al día siguiente. Rebuscó en su armario hasta que encontró unos zapatos que le hicieran juego con el vestido negro ajustado que llevaría mañana. A Silvia le encantaba provocar a los hombres de su trabajo, sabedora de que siempre la miraban al pasar, algunos con más descaro que otros.

Cuando volvió frente al ordenador portátil ya sólo quedaban dos minutos, se había confiado demasiado con el tiempo, la subasta había subido a doce euros. ¡No, a trece, a catorce...! Debía decidir hasta cuánto estaba dispuesta a pujar porque el precio estaba incrementándose a velocidad de vértigo. Quedaba menos de un minuto y ya iba por los dieciséis euros. Pagar veinte euros por él estaría bien, dio a actualizar y el precio ya era de veintiún euros. Entonces decidió que veintitrés sería su tope, quedaban pocos segundos, tenía que esperar un poco más, un poco más. ¡Ya! Introdujo la cantidad y presionó el botón de «pujar». Se había acabado el tiempo, había comprado el libro en el último segundo por veintitrés euros, una sensación de satisfacción recorrió todo su cuerpo. No había echado un polvo aquella noche, pero al menos se había dado el gustazo de llevarse un buen libro antiguo por un precio ridículo y en el último segundo.

Contenta por la compra se acostó, era tarde y la ciudad ya dormía abrazada al silencio. Para ella cada noche era como una especie de cierre de telón. Descansaba no más de cinco o seis horas antes de empezar la función del día siguiente. Desde hacía demasiado tiempo sentía que, cada mañana al despertar, se entregaba a una nueva representación de su vida, siempre con el mismo guion. Las mismas personas, el mismo trabajo, los mismos amigos, los mismos enemigos, el mismo escenario, la misma ciudad que tanto odiaba y amaba a la vez. Sentía que tenía la obligación de leerse y aprenderse el guión cada noche para interpretarlo a la mañana siguiente, siempre igual.

El lunes y el resto de días de la semana pasaron rápido y sin ninguna novedad. De casa al trabajo y del trabajo a casa, por la noche leía hasta tarde. Estaba enganchada a una novela de Mario Vargas Llosa: *Travesuras de la niña mala*. «Al menos, por una vez, las mujeres no aparecemos como unas cursis o unas sentimentales», pensaba mientras la leía totalmente enganchada. Había noches que tenía que ponerse una

hora límite, porque si no era capaz de estar leyendo hasta las cuatro o cinco de la mañana, y después iba totalmente dormida al trabajo.

Antes del fin de semana quedó para cenar con dos amigas, Vicky y Marta. Tenían una especie de ritual: cada jueves una de ellas proponía un restaurante. Debía ser un lugar especial, con algo que lo hiciera diferente; la decoración, la carta, el emplazamiento, la historia del sitio, que tuviera una estupenda terraza... aunque también servía que los mojitos y, a ser posible, los camareros estuvieran buenos, y no precisamente en ese orden. Después, las tres puntuaban cuál había sido el mejor restaurante del mes, era divertido.

Aquella noche había sido Marta quien había propuesto un lugar y, por supuesto, ni Silvia ni Vicky sabían cuál era. Eso era parte de la diversión, encontrarse las tres en una parada de metro e ir al restaurante sin saber cómo era y así llevarse una sorpresa al descubrirlo. La idea había surgido una noche viendo una película alemana donde un grupo de amigos quedaban para cenar todos los domingos, sin saber dónde. El juego consistía en recibir una serie de pistas para encontrar el restaurante, muchas veces tenían que recorrer media ciudad para dar con él. Ellas habían decidido no ir tan lejos como los alemanes, pero les había encantado el concepto. En esta ocasión habían quedado en la plaza de Lavapiés, junto al edificio del Centro de Arte Dramático. Cuando llegó Silvia, sus amigas ya estaban allí. Vicky Suárez corrió hacia ella para recibirla con dos besos. Ambas eran amigas desde el colegio, estudiaron juntas hasta el bachillerato; después Silvia se marchó a Londres para intentar ser modelo y perdieron el contacto, para recuperarlo con más fuerza a su regreso a Madrid. A pesar de sus diferencias eran grandes amigas. Aquella noche Vicky llevaba una camiseta con dibujos y una minifalda vaquera. Era tan delgada como Silvia, con el pelo castaño, largo y completamente liso. Tenía unos ojos brillantes y negros, muy atractivos. Siempre estaba sonriente y tenía una mirada que sabía utilizar excesivamente bien con los hombres. Trabajaba en una tienda de decoración que tenía por emblema una salamandra en la calle Hermosilla, y que últimamente no estaba en su mejor momento.

Marta López era diferente a sus otras dos amigas. Bastante más alta que ellas, tenía el pelo castaño y corto. Vestía una falda que cubría sus piernas hasta la rodilla y una blusa blanca. Ella las

había conocido a través de una amiga en común y desde entonces quedaban siempre las tres. Marta había vivido siempre en Madrid y su ciudad le encantaba. No pensaba que hubiera un lugar mejor que éste para vivir; de hecho, no se había imaginado nunca ningún otro lugar en el mundo donde vivir. Trabaja en un banco y era la más tímida de las tres, le gustaba estar con Silvia y Vicky porque así se atrevía a hacer cosas que de ninguna manera se hubiera imaginado hacer sola. Se esforzaba enormemente a la hora de buscar el restaurante de los jueves. Esta vez era su turno.

—¿Vamos? No vamos a llegar —dijo Marta intentando meter prisa a sus amigas, que no paraban de hablar y avanzaban despacio por la calle del Sombrerete.

—Es pronto, Marta —le dijo Vicky mientras pasaban frente a un grupo de chicos que les siguieron con sus miradas durante un buen rato, murmurando algunas palabras en un idioma extranjero.

—Tenemos que llegar antes de las ocho y media, he reservado —replicó mientras intentaba acelerar el ritmo.

—¿Tan temprano? —preguntó Silvia mientras miraba a Vicky extrañada— ¿Por qué has reservado a esa hora?

— Porque sólo hay dos turnos para cenar y el de las diez ya estaba completo.

Caminaban por el centro del barrio de Lavapiés, uno de los más castizos de Madrid. Una zona antigua de obreros que ahora estaba llena de inmigrantes. Sin duda era uno de los lugares más multiétnicos de la ciudad. En él podías encontrar desde ancianos que llevaban viviendo allí toda la vida, residiendo en pisos alquilados de renta antigua a punto de venirse abajo, ya que sus propietarios no realizaban ningún mantenimiento al inmueble, ansiosos de que los últimos inquilinos lo abandonasen y poder especular con el terreno. Hasta emigrantes venidos del África subsahariana, que comerciaban con multitud de productos. Pasando por los marroquíes que eran abundantes en el barrio. Pero también con bohemios y artistas que disfrutaban de aquella mezcla cultural. Todo ello salpicado de tabernas típicas de Madrid, kebabs, locutorios, tiendas de productos latinoamericanos —que cada vez eran más frecuentes—, edificios nuevos o singulares con preciosas fachadas rehabilitadas que contrastaban con los antiguos en estado precario. Y, así, un sinfín de comercios y garitos tan diferentes como numerosos. En la calle había mucha

gente, por la noche era un lugar poco recomendado, pero por el día era un continuo movimiento de personas con sus diferentes colores, acentos y costumbres. En el cruce de la calle del Sombrerete con Mesón de Paredes se pararon delante de un edificio reconstruido que pertenecía a la Universidad Nacional de Educación a Distancia, la UNED.

—Vamos —insistió Marta entusiasmada mientras se dirigía hacia la puerta metálica situada al lado del emblema de la universidad—. Ya veréis cómo os gusta.

Silvia estaba un poco confusa, sabía que allí se ubicaba una biblioteca de la UNED, aunque no la había visitado nunca. También conocía que aquello era el antiguo Convento de las Escuelas Pías, pero no alcanzaba a entender qué hacían allí.

Dentro del edificio se abría un gran hall, a la izquierda destacaba una tienda de la universidad, con un escaparate de cristal donde se exhibían numerosos libros a la venta. A la derecha, la pared estaba forrada con anuncios de alquiler de pisos y de clases particulares de inglés, física o matemáticas. A Silvia le recordaban los mismos carteles que veía en su facultad cuando ella estudiaba.

Marta parecía no saber exactamente cuál era el camino correcto, pero se dirigió al fondo de aquel espacio, donde había una escalera de madera. Al llegar allí, vieron un ascensor pero también una pared de ladrillo que denotaba ser la del antiguo convento y unas ventanas que dejaban entrever una gran sala tras ellas.

—¿Subimos andando? Creo que aquí está la biblioteca —sugirió Marta mientras ascendía los primeros escalones—. Así la veremos mejor.

Tanto a Vicky como a Silvia les pareció buena idea. Desde el primer piso pudieron descubrir lo que las ventanas escondían. Se trataba de la nave de una iglesia que había sido reconvertida en una magnífica biblioteca donde había bastante gente estudiando. La iglesia debía ser de grandes proporciones y tenía una gran cúpula de la que sólo se apreciaba el arranque del tambor. Subieron al segundo piso, desde allí admiraron mejor el antiguo templo, realizado en ladrillo, de estilo claramente mudéjar, aunque también se apreciaba decoración barroca en las trompas de la cúpula.

—¡Vaya sitio para estudiar! —exclamó Vicky—. Aquí hasta yo hubiera podido concentrarme y acabar la carrera —ella había dejado sus estudios en segundo de Derecho, cansada de suspender exámenes.

—¡Es precioso! Pero ¿por qué nos has traído aquí? ¿No me digas que hay una terraza en la azotea? —preguntó Silvia, quien no era nada fácil de engañar.

—Ya lo veréis —respondió Marta entre risas, lo cual confirmaba las sospechas de su amiga—. ¿Seguimos subiendo?

En el último piso estaba la puerta del restaurante Gaudeamos Café. Como ya había dicho Marta, disponía de dos turnos para cenar, por supuesto era necesario reservar con antelación como bien anunciaba el cartel de la puerta. Nada más entrar se encontraba una barra a la izquierda y a la derecha la salida a la terraza, que ofrecía un marco incomparable. Marta no tuvo tiempo de preguntar si querían tomar algo en la barra o salir al aire libre, sus amigas ya lo habían decidido por ella y la esperaban en la azotea.

La terraza estaba dividida en dos partes por unos maceteros transparentes, iluminados por luces *led* de diferentes colores que creaban un ambiente especial. Todas las mesas estaban llenas de gente charlando y bebiendo animadamente. Pasaron junto a una pizarra donde estaba escrito «Mojitos a 7,5 €». Silvia y Vicky se miraron con una pícaro sonrisa, pero sin decirse nada: sobraban las palabras. Desde la barra se veía la otra parte de la terraza, que seguramente estaba acondicionada para las cenas, también se observaban unas fantásticas vistas del sur de Madrid y, sobre todo, delante de ellas, se alzaba la linterna de la cúpula de la iglesia.

Estaba parcialmente destruida. Habían rehabilitado todo el convento consolidando las ruinas y reconstruyendo volúmenes, pero no interviniendo en el edificio para recuperar enteramente su aspecto original. Las ruinas tenían un aire melancólico, lo que unido al atardecer que empezaba a caer daban a la terraza un aspecto idílico.

—¿Os gusta? —preguntó Marta segura de la respuesta, pero deseando oírla de la boca de sus amigas.

—Es genial, ¡vaya vistas! —respondió Vicky muy contenta, qué más podía decir, su amiga le había descubierto un sitio fantástico.

—Venid, porque todavía hay más —continuó Marta mientras les indicaba que la siguieran hasta la barandilla de la parte de la terraza donde se cenaba—: ¿Veis aquel edificio? —preguntó refiriéndose a un inmueble abierto, con unas estrechas terrazas en cada piso donde se abrían varias puertas y que, por sus colores y distribución, denotaba

que había sido restaurado—. Es una antigua corrala, la mejor conservada de Madrid —les informó Marta—. Las corralas eran antiguas viviendas de la clase obrera de Madrid de principios del siglo xx, tienen un patio abierto donde se abren los pisos, quedan ya muy pocas.

Otro punto para el restaurante de Marta.

Se sentaron en la mejor mesa, desde donde veían la iglesia y la corrala, y pidieron una botella de vino blanco de Rueda para las tres. Vicky era vegetariana, así que pidió una ensalada, Marta y Silvia optaron por unas croquetas y dos tostas de solomillo con cebolla confitada. De postre, las tres eligieron el tiramisú, especialidad de la casa.

—¿Habéis visto qué bueno está el camarero? —comentó Vicky.

Sus amigos se volvieron hacia el fondo de la barra, donde había un chico alto y con aspecto de ir mucho al gimnasio, y no precisamente de visita.

—Está bien, pero es un poco gamba.

—¡Gamba! No sé, no es feo —respondió Vicky.

—No, que es un hombre gamba: le quitas la cabeza y el resto está buenísimo —dijo Silvia entre risas, que pronto se extendieron al resto de sus amigas.

—Ayer fui a ver un piso en Arganzuela —comentó Marta—, pero era demasiado caro.

—Es imposible comprar un piso en Madrid —intervino Vicky—: yo creo que voy a vivir toda la vida de alquiler.

—Pues yo no quiero comprarme nada aquí —añadió Silvia inusualmente seria—, quiero irme.

—¿Irte? ¿A dónde? —preguntó Marta sorprendida.

—Lejos, a un pueblo, y comprarme una casa enorme y un perro.

—¿Y de qué vas a trabajar en ese pueblo? —preguntó irónicamente Vicky—. Porque no creo que necesiten muchas restauradoras de libros antiguos en el medio rural.

Marta miró a Vicky algo disgustada, estaba segura de que ese comentario no le había gustado a su otra amiga.

—No lo sé, pero pienso hacer lo que sea para irme de aquí.

—Búscate un millonario —sugirió Vicky entre risas—, es lo mejor.

—Puede que lo haga. Estoy harta de mi vida, quiero cambiar. Vivir en el campo en una casa que sea mía y que pueda pagar sin estar agobiada todos los meses por una hipoteca —sentenció Silvia—. Es lo que deseo, haría cualquier cosa para conseguirlo.

—Bueno, bueno... no nos pongamos tan melodramáticas —intervino Marta—, que hemos venido a pasarlo bien. ¡Hagamos un brindis!

Pasaron toda la cena hablando de otros temas, hasta prepararon un viaje para el próximo mes a Roses, en la Costa Brava. La botella de vino blanco duró poco, demasiado poco, y hubo que pedir una ronda de mojitos. La cena también se hizo corta, pidieron quedarse un poco más, pero el turno de las diez estaba completo, así que terminaron el mojito en la barra. Después, sopesaron continuar en otro bar, pero las tres estaban cansadas y al día siguiente trabajaban, así que decidieron dar por terminada la velada. Vicky y Marta compartieron taxi, Silvia pidió que la dejaran en Puerta de Toledo y, desde allí, volvió andando a casa. Subió por la calle Bailén pasando frente a la iglesia de San Francisco el Grande y llegando a La Latina, otro de los barrios típicos de Madrid. Sus calles estaban animadas, pero el ambiente era diferente al de Lavapiés, había mucha gente joven y con dinero. Era fácil ver algún famoso por allí. Hace poco se había encontrado con Eduardo Noriega, y a Elena Anaya solía verla con frecuencia. Incluso cree que un día vio a Penélope Cruz, pero no estaba del todo segura. Era jueves y la gente salía mucho por los pubs de esta zona, algunos de los mejores de todo Madrid se escondían por aquellos rincones. Ahora que veía a la gente beber y divertirse no le hubiera importado alargar un poco más la noche, era pronto, apenas las doce, pero estaba cansada.

Cruzó la plaza de la Puerta Cerrada y se detuvo unos instantes a observar una vieja casa que estaba completamente apuntalada: «Qué pena que un edificio tan antiguo esté en un estado tan lamentable ¡y en el centro de Madrid!», pensó. A continuación, siguió andando unos metros hasta que se detuvo frente a la fachada de otro inmueble que tenía totalmente pintado uno de sus laterales. Había dos dibujos, el primero no le llamó la atención, pero el segundo estaba formado por una especie de piedra y una viga de color negro, ciertamente extraña. En la parte superior, en letras de gran tamaño, se podía leer: «Fui sobre agua edificada, mis muros de fuego son».

Intrigada por la frase prosiguió su camino a casa. Entró en su portal, cogió el correo del buzón, donde destacaba un paquete, pasó junto a la muralla medieval hasta llegar al ascensor y subió a la última planta. Después, recorrió la plataforma metálica y entró en su apartamento. Se tiró, literalmente, en el sofá y dejó las cartas

en el suelo, a excepción del paquete. Era pequeño, miró el remitente, pero el nombre no le decía nada. Además venía de Málaga y ella no conocía a nadie que viviera allí. Lo abrió con dificultad, parecía envuelto por todo un profesional, como si protegiera algo de gran valor. Tuvo que servirse de sus uñas para romper el embalaje, pero al fin pudo ver lo que escondía, era el libro sobre Quevedo. «Qué pronto había llegado», pensó. Parecía realmente antiguo, la portada era de cuero de gran calidad y estaba bien conservado, a excepción de una apertura en la tapa posterior que le preocupó bastante. Se incorporó para revisarlo mejor y efectivamente, la tapa trasera estaba rota. No mucho, pero si lo suficiente para enfadarse. «Eso me pasa por confiarme», pensó. «Si es que soy tonta».

Revisó el libro por dentro y las páginas estaban amarillentas por el paso de los años, pero en buen estado. La lástima era la cubierta, a pesar de todo decidió no devolverlo y se fue a la cama con él. Dejó encendida la luz de la mesilla y se acostó leyendo los amoríos de don Francisco de Quevedo, muy ilustre caballero de la Orden de Santiago. La magia del relato le cautivó desde el primer momento, como con esos libros que una vez que empiezas a leer ya no puedes parar y se convierten en una droga.